

A Marlene Nava

Recuerdos lacustres

luis enrique ALCALÁ

Mi contrato como Editor Ejecutivo de La Columna empezó a tener vigencia el 1º de enero de 1989. Por ese documento quedaba obligado a dirigir el relanzamiento de un periódico cuyo dueño era la Arquidiócesis de Maracaibo, entidad que lo había cerrado en junio de 1988. La que financió ese proyecto fue el Banco Hipotecario de Occidente que presidía Gustavo Gómez López, cuyo escritorio jurídico me contratara para la misión.

Era Aníbal Romero, profesor de la Universidad Simón Bolívar, asesor de Gómez López y conocido mío desde 1977, cuando fui asesor ad honorem de la Secretaría Permanente del Consejo Nacional de Seguridad y Defensa, donde él era analista. A Romero le convencí, a comienzos de 1988, de migrar de su computador con software de Microsoft a uno Macintosh, cosa que agradeció mucho al constatar la amigable e intuitiva interfaz de este último. (Yo mismo había tenido como primer computador personal el primer IBM PC, que me regalé de cumpleaños en enero de 1983; en diciembre de 1985, adquirí mi primer Mac, un Macintosh Plus—con 1Mb de memoria RAM!—para no regresar jamás a otro sistema).

Un sábado de octubre de ese año de 1988, Romero me pidió que lo condujera adonde pudiera comprar diskettes para su nueva máquina y lo llevé a una tienda de Sabana Grande, no lejos de la venerable Librería Lectura; allí empezó la cosa. Beneficiado de mis conocimientos de computación en el ambiente de Apple, me preguntó si no estaría dispuesto a instruir a los entonces inexistentes periodistas de un periódico de Maracaibo, para el que se había seleccionado equipos de esa marca y cuyo arranque financiaría Gómez López. Me mostré abierto a la idea y añadí que mi señora y yo acabábamos de dictar un curso de iniciación en Macintosh a personal del Instituto de Formación Demócrata Cristiana fundado por Arístides Calvani. (Ella y yo, por otra parte, habíamos tomado ese mismo año un curso sobre el software de diagramación PageMaker, que casualmente fue el escogido para el diseño y montaje del periódico que entonces era sólo “un edificio viejo y con goteras cuidado por un vigilante que vivía en el sitio, una rotativa echada a perder y un murciélago”, según descripción posterior de mi esposa).

Romero me explicó días después que el proyecto de relanzamiento había sido confiado a Mons. Antonio López Castillo—“Un cura que no moja pero empapa”, me dijo—, quien no había logrado arrancar la cosa a pesar de que varios periodistas de experiencia habían considerado el proyecto y producido memorandos con algunas recomendaciones. (Rodolfo Schmidt, Víctor Suárez y un tercero que no logro recordar). En esta segunda conversación ya asomó Romero que pudiera dirigir yo el arranque, y luego de haber sido presentado a Gómez López y López Castillo, fui una primera de dos veces a Maracaibo y produje recomendaciones escritas que entusiasmaron a los promotores. En ese memorándum, de diciembre de 1988, me atreví a pronosticar el Premio Nacional de Periodismo en no más de dos años, indicando que mi propensión al atrevimiento me inducía a imaginarlo en el primer año. Esta premonición resultó ser acertada. (Fue en la segunda de mis visitas a Maracaibo cuando López Castillo me confió *motu proprio* que la curia de la Arquidiócesis se dividía en tres toletes de más o menos el mismo tamaño: 1. los de la “esperanza gozosa”, que esperaban la muerte del arzobispo Domingo Roa Pérez para que fuera posible una modernización; 2. los alcohólicos; 3. los homosexuales).

Mi contrato entró en vigencia el 1º de enero de 1989, con suprema y plena responsabilidad por asuntos tanto editoriales como gerenciales; eso era lo que significaba el título de Editor Ejecutivo. Comoquiera que yo nunca había trabajado en o para periódicos—más allá de haber escrito artículos para El Nacional, El Diario de Caracas y Resumen, entre otras publicaciones—, se contrató también a Laurentzi Odriozola para el cargo de Director. Éste estuvo en Maracaibo durante la fase inicial del proyecto pero poco después renunció, lo que causó que debiera encargarme también de la dirección periodística. De él aprendí algo invaluable; antes de viajar juntos a Maracaibo, se apersonó en mi casa y me hizo construir bajo su guía un estado de ganancias y pérdidas de un periódico, que comenzaba por el peso de una bobina de papel y su costo; eso fue herramienta vital que transmitiría yo luego a Don Juan Planas Alsina, a quien contraté como Gerente en lo que fue, como he escrito, “una de las decisiones más acertadas de mi vida profesional”.

Fue Don Juan la segunda persona que contraté, y quien lo acompañara en nuestra primera reunión, Don Orlando Espina, la tercera para encargarle de la crucial tarea de distribuir el periódico. Fue éste quien ideara la triunfal estrategia de las pregoneras, y quien diseñara dos circuitos de distribución que cubrían toda la ciudad mediante ellas y los kioscos que venderían nuestro periódico. Poco antes de ellos—ambos con experiencia en Panorama—, contraté a Ana Coromoto Osechas como Secretaria Ejecutiva. Antes de mudarme de un todo a Maracaibo (el 10 de marzo de 1989), iba y venía, y me alojaba en el Hotel Kristoff, donde Ana atendía la recepción con gran amabilidad y evidente inteligencia. Pensé que a un caraqueño que desconocía el patio marabino le convendría alguien que lo conociera bien, y no me equivoqué con Ana; fue un competente, discreto y leal pilar de apoyo.

Para la operación de distribución, creé Distribuidora Onda y nombré a Espina como su Gerente. Él no podía creer que también le adjudicara, como parte de su contrato, y además de un sueldo que no esperaba, 30% de las acciones de esa empresa. Esto es, se sentaba en la misma asamblea de accionistas al lado de Monseñor Roa Pérez. Tal vez por eso vino un día a anunciarme que había propuesto en una reunión de guajiros—el padre de Orlando había sido vendido como esclavo a los tres años de edad—que se me tuviera como guajiro honorario, lo que me llenó de orgullo.

Fue con Don Juan y Don Orlando con quienes establecí el precio del ejemplar en tres bolívares, y anuncié entonces que la Editora La Columna, mi empleadora, se conformaría con recibir Bs. 0,25 de ese precio. El resto iría íntegramente a Onda, y eso permitió remunerar a las pregoneras—y unos pocos pregoneros—con un ingreso que a una madre soltera le fue más que suficiente para inscribir a su hija en un jardín de infancia y cubrir abundantemente sus gastos—cambiándole la vida, dijo—, y también fijar a los kiosqueros un ingreso por ejemplar vendido que era mayor que el que recibían por un ejemplar de Panorama que costaba casi 70% más. (Poco antes de nuestra salida, convencí a la Arquidiócesis de que hiciéramos una visita de cortesía al principal competidor; Esteban Pineda nos recibió a Roa Pérez, López Castillo y a mí en compañía de uno o dos ejecutivos y Hesnor Rivera (entonces “Subdirector Responsable” de Panorama, lo que quería decir que no era la última autoridad editorial pero sí quien daría la cara en algún tribunal ante el que ese periódico fuera demandado). En esa reunión, Pineda intentó convencernos

de que tres bolívares era un precio demasiado bajo; entonces le maté el gallo en la mano al decirle: “Don Esteban: Uds. cobran cinco bolívares por 64 páginas de una edición en formato estándar; nosotros produciremos 32 de un tabloide, donde cabe menos de la mitad de la información que ustedes producen. En verdad, tres bolívares es demasiado”. No pudo ripostar a esa argumentación).

Dos cosas más relacionadas con Pineda logro recordar de esa primera fase de mi actuación. La primera la he relatado antes (en [Excursiones de montaña](#), 26 de agosto de 2004):

En 1989 estaba mudado a Maracaibo, donde tuve el honor y la suerte de conducir la reaparición del diario La Columna. Desde marzo a septiembre de ese año transcurrió la fase de proyecto, cuando un equipo totalmente local preparaba afanosamente el concepto y la estrategia del periódico. Estaríamos a mitad de los preparativos cuando un cierto periodista del equipo (el único que no fuera escogido por mí y que a la postre se manifestaría como retorcido espía de ciertos actores) adelantó la siguiente recomendación: “Mira, Luis Enrique: estoy convencido de que fulano de tal [Esteban Pineda] te está grabando las conversaciones telefónicas, de modo que te sugiero que tú se las grabes a él”.

No sé qué musa inspiradora me permitió contestarle de este modo: “Oye, Josué—no es su nombre [se llama o llamaba José Finol]—durante los últimos meses que pasé en Caracas hice caso a mi mujer y procuré mejorar mi salud subiendo con ella un poco de cerro varias veces a la semana. Hay en el Ávila un puesto de guardaparques de nombre Sabas Nieves, de ascenso muy popular, y era allá donde íbamos. Bueno, los primeros días descendía con no poca vergüenza, porque a la hora que escogimos para el ejercicio nos encontrábamos casi siempre con un ágil caballero que obviamente tenía más de setenta años. En el tiempo en que yo llegaba boqueando y casi cianótico a Sabas Nieves, el señor en cuestión subía, bajaba, volvía a subir y bajaba otra vez. Hasta que un día pensé que mi problema no era con el increíble anciano, sino con la montaña. En cuanto me percaté de este asunto y me concentré en el cerro, y aprendí su ritmo y simpatiqué con él, mi tiempo comenzó a mejorar sensiblemente, y llegué a hacer un ejercicio, si no campeonil, al menos bastante razonable. Así que no me voy a preocupar porque fulano de tal grabe o no lo que diga por teléfono; nuestro problema es con la montaña, y nuestra montaña son los lectores de Maracaibo. Es sobre ellos que debemos poner toda nuestra atención. Gracias por el consejo, pero no grabaré las conversaciones de fulano de tal”.

(Varios periodistas fueron testigos del intercambio).

La segunda vino—ya con La Columna en la calle—de la sala de juegos del Club Náutico, donde Pineda iba frecuentemente a jugar dominó con sus compinches. Pineda estaba aquejado de una dolencia lumbar, y uno de los jugadores le observó traviesamente: “Esteban: he escuchado que últimamente te está molestando mucho *la columna*”.

.....

Don Juan Planas fue el pivote gerencial y administrativo del periódico. Poco antes de la salida, que anunciamos para el 8 de septiembre de 1989, no había llegado al edificio de Veritas ni una sola bobina de papel. Por ese mismo tiempo, Gustavo Ocando Yamarte me hizo en su programa de NCTV la primera de dos entrevistas sobre el periódico; recuerdo la desazón que sentí mientras confirmaba la fecha de salida cuando los camiones venían, en temporada lluviosa, cargados con papel desde Maracay. Don Juan había hecho el primero de sus muchos milagros consiguiendo el papel que permitió el arranque. Otro de ellos fue explicado en mi respuesta a comentario de Víctor Suárez a [La erección de una columna nueva](#) (entrada en mi blog del 27 de junio de 2010):

...el éxito de La Columna superó todas las expectativas—ordené un tiraje de arranque de 20.000 ejemplares para el 8 de septiembre de 1989—al alcanzar un tiraje de 51.000 ejemplares en febrero de 1990 con una devolución de 2.000, para una circulación efectiva de 49.000 ejemplares pagados... (...) De los 60.000 ejemplares de Panorama, sólo el 60%, o 36.000, se distribuía en la capital del Zulia; la diferencia iba, mayormente, al resto del estado, los estados andinos y Falcón; una pequeña cantidad de ejemplares llegaba a Caracas. En cambio, La Columna se había posicionado como el Diario Metropolitano de Maracaibo, y 90% de su tiraje se distribuía en esa ciudad; el 10% iba a la Costa Oriental del Lago. Esto significa que en abril de 1990 el periódico tenía una circulación de 44.000 ejemplares en Maracaibo; 8.000 más que los colocados por Panorama.

El crecimiento fue tan vertiginoso, que el 21 de diciembre de 1989 (dos meses y trece días después de la salida), en reunión nocturna de Orlando Espina—Gerente de Circulación que traía las cifras más recientes y él mismo no podía creerlas—, López Castillo, Héctor García Arcaya, Juan Planas (Gerente de La Columna) y quien escribe, se llegó a la conclusión de que la vieja rotativa Color Press no podría con la carga de la demanda y tendríamos que buscar una de mayor capacidad. Don Juan Planas no tardó mucho en identificar una óptima solución: estaba en venta una rotativa Roland a colores, mucho más moderna y veloz, que no había consumido más de 8% de su vida útil. Decidimos su compra sobre la marcha y para marzo de 1990 estaba en la sede del periódico para el comienzo de su instalación.

(En uno de los memorandos de asesores del proyecto que precedieron a mi involucración, el más optimista de ellos, se proyectaba una circulación de La Columna de 8.000 ejemplares diarios al cabo de dos años desde la salida).

También me ayudó Don Juan a establecer las tarifas que el diario cobraría por la inserción de publicidad, y a explicar su concepto básico a más de una docena de agencias de publicidad y unos pocos clientes potenciales antes del arranque. En las reuniones de presentación se mostraba una tabla y un gráfico que fijaban el precio del centímetro/columna sobre una circulación de referencia de 20 mil ejemplares, el que iría en aumento con el crecimiento de la circulación, y se prometía que habría descuentos en caso de no lograrse el nivel previsto. No poca fue la sorpresa de los primeros anunciantes cuando recibieron una comunicación de Editora La Columna a mediados de octubre de 1989, en la que se les reconocía créditos en espacio publicitario porque la circulación inicial no había sido de 20 mil sino de 18

mil ejemplares; como es natural, quedaron impresionadísimos con la transparencia y responsabilidad del periódico. No les duró mucho la dicha; a los seis meses de su reaparición, la circulación efectiva de La Columna alcanzaba los 49.000 ejemplares y su tarifa publicitaria aumentada en consecuencia. (A bastante menos del doble, y la inserción de publicidad superó los 2.300 centímetros/columna, haciendo que el ingreso del periódico superara sus costos operacionales; es decir, haciéndolo rentable en ocho meses).

A él y a mí—y a Ana Osechas—nos causó gracia una llamada que recibí de un abogado local hacia abril de 1989, cuando aún faltaban cinco meses para la reaparición de La Columna. El interlocutor quería insertar en el inexistente periódico uno de esos avisos de demanda contra algún infortunado citándole a tribunales. (La Columna fue por un buen tiempo el vehículo de elección para avisos legales de esa naturaleza por una doble razón: porque su tarifa de anuncios era la más baja y porque su circulación era más baja todavía, lo que aseguraba que el demandado no se enteraría a tiempo para defenderse). Que el abogado de marras creyera que La Columna aún se publicaba era el signo más elocuente de cuán subterráneos habían sido sus niveles de circulación.

Planas comandaba igualmente el grupo de jóvenes y eficaces vendedoras de espacio publicitario, y me avergüenza no recordar el nombre de ninguna. Tampoco recuerdo el apellido de la esencial y amabilísima Sra. María, que comandaba el personal del comedor y de vez en cuando nos servía personalmente un estupendo café. (En algunas ocasiones, permitía a unos pocos saborear sabrosas empanadas venidas de su casa).

Sí recuerdo muy bien a José Alí, el guachimán que guardaba el edificio y vivía en él, alejado de su esposa sin que pudiera visitarla sino una vez al mes mientras obtenía una vergonzante remuneración. Mi primera decisión gerencial fue aumentarle el sueldo al triple y permitirle que fuera a su casa a descansar una vez a la semana. Igualmente, recuerdo con afecto y agradecimiento especiales a Mauricio, el chofer asignado al servicio del Editor Ejecutivo; conducía con gran seguridad y conocía cada metro de Maracaibo. (Seguramente, Ana Osechas guarda en su eficaz memoria los apellidos de todos esos colaboradores).

.....

A la una de la madrugada del miércoles 20 de diciembre de 1989, hora de Panamá, llegaba a ese país una fuerza de invasión de los Estados Unidos, entonces presididos por George H. W. Bush. Encargada de la Operación “Causa Justa”, tenía por propósito la deposición y captura de Manuel Antonio Noriega, quien mantuvo durante la mayor parte de su mandato de seis años una estrecha relación con las administraciones estadounidenses, que había iniciado más de treinta años atrás. (“Desde la década de 1950 hasta poco antes de la invasión estadounidense, Noriega colaboró cercanamente con la Agencia Central de Inteligencia. El general panameño fue una de las fuentes de inteligencia más valiosas, así como una de las vías principales de armas ilícitas, equipo militar y dinero destinado a fuerzas de contrainsurgencia respaldadas por Estados Unidos en América Central y del Sur. Noriega también fue un traficante principal de cocaína, algo que sus colegas de inteligencia estadounidense supieron por varios años, pero que no lo detuvieron

debido a su capacidad de cubrir operaciones militares en América Latina. En 1989 los Estados Unidos ejecutaron una invasión provocando miles de muertes tanto de civiles como militares y causando el desmantelamiento de las fuerzas militares panameñas, el caos económico y social en el país y la posterior rendición y arresto de Noriega”. Wikipedia en Español).

Tres horas y media antes del inicio de la invasión, recibí en mi casa una llamada de Miami para alertarme de importantes movimientos de tropas de los EEUU que parecían dirigidos a Panamá. Del otro lado de la línea estaba Héctor García Arcaya, amigo y admirador de La Columna, que entonces cumplía apenas ciento un días de su relanzamiento. Le pedí que tratara de confirmar el destino de las tropas y, mientras esperaba, llamé a Mario Ojeda, el Jefe de Prensa de nuestro “Diario Metropolitano de Maracaibo”, para preguntarle cuántos ejemplares llevaba impresos. Su respuesta: “Acabamos de empezar; hemos impreso cerca de mil doscientos ejemplares”. Entonces le pedí que bajara la velocidad de impresión de la rotativa que él mismo había reparado a comienzos de ese mismo año.

Hacia la medianoche, llamó García Arcaya de nuevo, confirmando que los efectivos militares tenían por destino a Panamá y aventurando que la misión arrancararía a Noriega su poder dictatorial. Entonces llamé de nuevo a Ojeda para ordenarle que detuviera de un todo la impresión del periódico, cuya edición se había cerrado esa misma noche. Luego saqué de sus casas a Juan Bravo Sananes, arquitecto que era el Jefe de Arte de La Columna, y Marco Tulio Socorro, el joven periodista que se encargaba de la sección Mundo, convocándoles a una reunión de redacción y diagramación de emergencia en la sede del periódico. De los archivos se obtuvo una fotografía de Noriega que ilustró la portada con el titular de la noticia de la invasión, mientras Socorro redactaba la página de abrir su sección y Bravo recomponía el diseño para entregar a Ojeda dos planchas nuevas, producidas electrónicamente desde el computador maestro del departamento comandado por el arquitecto del grupo.

A la mañana siguiente, Monseñor López Castillo compró temprano de alguna pregonera un ejemplar con la portada de la primera y reducida tanda de impresión y, más adelante, vio a una segunda vendedora agitando el rostro del hombre fuerte de Panamá. La Columna había dado el tubazo.

No sólo tuvimos la exclusiva en Venezuela; también tubeamos a los mismísimos *The New York Times* y *The Washington Post*, cuyas ediciones de ese día no informaron de nada anormal en Panamá.

El episodio, como es natural, llamó la atención en todo el país, pues ilustraba perfectamente el modo ágil del trabajo de redacción y diseño que permitían y potenciaban los equipos computarizados de Macintosh, que había especificado el año anterior uno de los primeros asesores del proyecto, el periodista Víctor Suárez.

(De su viaje a los Estados Unidos, el tubeador García Arcaya trajo para obsequiarme *Confessions of an S. O. B.*, unas memorias escritas por Al Neuharth, el fundador de *USA Today*. Éste explica que ese primer periódico estadounidense concebido nacionalmente—sin identificarse con una ciudad preponderante como Nueva York, Washington, Chicago, Filadelfia, Los Ángeles, San Francisco...—se rigió por un plan de cuatro años; el primero era el año del lector, el segundo el de

los anunciantes, el tercero el de necesarios ajustes y modificaciones y el cuarto, finalmente, el año de los accionistas. La Columna nueva había declarado desde su comienzo como primerísima entre sus metas, justamente, el servicio al lector y al anunciante, y comenzó a rendir beneficios netos al accionista a los ocho meses de su reaparición).

.....

Juan Bravo Sananes fue, sin duda, uno de los pivotes principales del proyecto de resurrección de La Columna; en el fondo, quien pusiera orden en la borrachera. Cuando se discutía cuáles debían ser las secciones que agruparían la información en 32 páginas, eché mano de una explicación de Michel Foucault en su obra crucial, *Las palabras y las cosas*. Así refiere en el Preámbulo:

Parece ser que algunos afásicos no logran clasificar de manera coherente las madejas de lana multicolores que se les presentan sobre la superficie de una mesa; como si este rectángulo uniforme no pudiera servir de espacio homogéneo y neutro en el cual las cosas manifestarían a la vez el orden continuo de sus identidades o sus diferencias y el campo semántico de su denominación.

Forman, en este espacio uniforme en el que por lo común las cosas se distribuyen y se nombran, una multiplicidad de pequeños dominios grumosos y fragmentarios en la que innumerables semejanzas aglutinan las cosas en islotes discontinuos; en un extremo, ponen las madejas más claras, en otro las rojas, por otra parte las que tienen una consistencia más lanosa, en otra las más largas o aquellas que tiran al violeta o las que están en bola. Sin embargo, apenas esbozados, todos estos agolpamientos se deshacen, porque la ribera de identidad que los sostiene, por estrecha que sea, es aún demasiado extensa para no ser inestable; y al infinito el enfermo junta y separa sin cesar, amontona las diversas semejanzas, arruina las más evidentes, dispersa las identidades, superpone criterios diferentes, se agita, empieza de nuevo, se inquieta y llega, por último, al borde de la angustia.

Dije al grupo de profesionales, que se afanaba en parir la organización del material que manejaríamos, que corríamos el riesgo de emplear criterios heterogéneos como éstos en la determinación de las secciones. Entonces puse un ejemplo: ¿dónde—pregunté—debía aparecer la noticia de un nuevo presupuesto para el Consejo Nacional de la Cultura? ¿En Gobierno? ¿En Economía? ¿En Cultura? Nada ayudó la referencia al filósofo francés; antes bien, más de uno pareció paralizarse y sumirse en la afasia. Hasta que Juan Bravo apareció, tres días después, con una organización completa de secciones enteramente lógica, grandemente práctica.

Juan fijó las maquetas ordenadas y rellenas de 32 páginas en las paredes del salón de reuniones, cada una de ellas bellamente diseñada y diagramada. No era sólo su hermosura gráfica, sino la transparente organización de secciones, de fácil e instantánea comprensión y manejo de los lectores que aún no teníamos, lo que tranquilizó a todos. Estuvieron fijas en esas paredes por más de un mes, donde alcanzó a verlas Gustavo Gómez López, el factótum financiero del proyecto. Paseó por la sala mientras escuchaba las explicaciones pertinentes, al cabo de las cuales exclamó: “¡Aquí huele a éxito!”

La primera página fue por sí sola un éxito dentro de ese éxito, con el logotipo o *masthead* vertical, como una columna, la noticia de abrir arriba—por ejemplo, que Panamá había sido invadida por los gringos—con su titular, la foto pertinente y su sumario, y la mitad inferior que contenía cápsulas sintéticas de las más importantes informaciones y su útil llamado a las páginas correspondientes bajo un genérico y sencillo título: *24 horas*. Fue indudablemente un gran acierto; los empleados de El Tablazo que iban cada mañana a su trabajo en lanchas salidas de Maracaibo decían que antes de llegar a su destino tenían idea clara de lo más importante que había ocurrido el día anterior en la ciudad, el país y el mundo.

Adentro, un manchón en página par de las primeras listaba los nombres del Diseñador Jefe y cada reportero y fotógrafo bajo los de los obispos—Domingo Roa Pérez, Editor en Jefe; Antonio López Castillo, Presidente de la Junta Directiva—y el mío, en notoria diferencia con Panorama, que ni siquiera llevaba las iniciales de los redactores al pie de sus notas informativas.

.....

El cuerpo de periodistas y fotógrafos fue el ingrediente principal del resonante triunfo de La Columna a fines de 1989 y comienzos de 1990. Muchos estaban en una lista de apadrinados por Janet Olier, que se pensaba fuera Jefe de Redacción. (Luego abandonaría el proyecto al no ser capaz de presentar un concepto editorial convincente. Su compañero, Vinicio Díaz, llenaría la posición). Pero quien escribe estudió y calificó más de un centenar de currículos e hizo la selección definitiva del grupo de arranque:

Una decena de periodistas jóvenes, recién egresados de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Zulia—donde recibieron conocimiento y guía ética de profesores que incluyeron al legendario Sergio Antillano—conformó el equipo inicial, que el éxito permitió complementar luego con unos pocos más: Jesús Urbina Serjant, Lilia Montero, Carlos Caridad, Marco Tulio Socorro, Patricia Rincón, Vinicio Díaz, Judith Martorelli y los fotógrafos Gustavo Bauer y Fernando Bracho, un grupo al que se unían Paola Badaraco, Mayra Chirino y María Angélica Dávila desde la corresponsalía que se abrió en Caracas y, en Maracaibo mismo, Lucía Contreras, Sarita Chávez, Marlene Nava y Celalba Rivera. Con la excepción de unos muy pocos veteranos—como Francis Blackman, en deportes—La Columna de 1989-1990 fue la obra de jóvenes. Fueron ellos quienes hicieron el primer periódico venezolano compuesto íntegramente en computadores, desde la redacción, pasando por el diseño y la diagramación que comandaba el arquitecto Juan Bravo Sananes, hasta la impresión de planchas generadas mágicamente por máquinas RIB computarizadas y colocadas en la Color Press (que no imprimía color) que dirigía Mario Ojeda. ([La erección de una columna nueva](#), 27 de junio de 2010).

En otra parte—[Pasión de generalidad](#), 7 de octubre de 2008—he reiterado:

Más de uno de los mejores alumnos de Sergio Antillano trabajó en el periódico, y la más clara demostración de su excelencia pedagógica se dio en un hecho insólito: en un patio tradicionalmente dominado por el poder de Panorama—contra el que no habían podido ni antes el propio La Columna, ni el Diario de Occidente, ni Crítica, ni El Zuliano ni el experimento de El Nacional de

Occidente—le tomó sólo seis meses al nuevo tabloide superar a Panorama en circulación pagada en la ciudad de Maracaibo. (...) Dos meses después, La Columna llegaba a su punto de equilibrio entre costos operativos e ingreso publicitario, y dos meses más tarde, antes de cumplirse un año de su reaparición, ganaba el Premio Nacional de Periodismo, en competencia con dos candidatos de gran peso: El Nacional y La Religión, tenido por el “decano” de la prensa nacional, que cumplía en 1990 un siglo de existencia.

El éxito de La Columna fue un triunfo de Maracaibo, y muy principalmente de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Zulia. Intereses especiales forzaron la salida de su Editor Ejecutivo, y de inmediato el Banco Latino adquirió control de la operación por la persona interpuesta del obispo auxiliar del momento, Antonio López Castillo. La circulación del periódico fue bajada artificialmente—de más de 49.000 ejemplares en febrero a 30.000 ya para julio—, en acuerdo con Panorama que permitió la penetración del Banco Latino en el capital del Banco de Maracaibo. Las nuevas autoridades presidieron el inmisericorde desmantelamiento de la plantilla de periodistas. En 1994, ambos bancos se desplomaron durante la crisis financiera de ese año y, herida de muerte, La Columna se arrastró hasta su desaparición definitiva a fines de 1999.

Mi relación con los periodistas—en verdad con cada empleado del periódico, pregoneras incluidas—fue decididamente feliz. No tengo reservas al admitir que ninguna otra actividad profesional me llenó tanto de alegría o fuera un logro que superase mi temporada marabina. Como ha cantado Marc Anthony, *valió la pena*.

LEA

ANEXOS: Texto de *La erección de una columna nueva* publicado en el blog de **doctorpolítico** a los diez años del Premio Nacional de Periodismo, el de un comentario de Víctor Suárez y el de la respuesta del suscrito; finalmente, un escueto recuento de las circunstancias de mi salida en abril de 1990.

.....

La erección de una columna nueva

Hace hoy veinte años exactos de una hazaña sin precedentes en el periodismo venezolano: el 27 de junio de 1990, el diario La Columna (Maracaibo) ganaba el Premio Nacional de Periodismo a escasos nueve meses de su reaparición. Entre los otros candidatos al galardón se encontraban El Nacional y el periódico que entonces era todavía “el decano de la prensa nacional”, La Religión, que cumplía un siglo de existencia. La Columna había sido cerrado por su dueño, la Arquidiócesis de Maracaibo, en junio de 1988, y volvió a la vida el 8 de septiembre de 1989, coincidiendo con la fecha convencionalmente aceptada como la de la fundación de la ciudad.

En un patio dominado por la presencia de Panorama, la hegemonía informativa de este periódico nunca había sido quebrada por otro diario; ni La Columna, que era más antigua, ni El Diario de Occidente, ni Crítica, ni El Nacional de Occidente, ni El Zuliano, habían podido hacer mella en un cuasi-monopolio que decidía el mundo que existiría oficialmente para los zulianos: el registrado en las páginas de Panorama. Pero La Columna nueva ya alcanzaba en febrero de 1990, a seis meses de su reaparición, una circulación pagada que superaba la de ese periódico en unos seis a nueve mil ejemplares diarios en la ciudad de Maracaibo; en abril alcanzaba (en ocho meses) el punto de equilibrio entre costos de operación e ingresos por publicidad (*USA Today* se conformaba con lograr esa meta en cuatro años) y en junio no hubo más remedio que reconocer su increíble proceso con el premio máximo del periodismo nacional.

.....

Es natural que una aventura de esa clase estuviera repleta de anécdotas, y que muchos factores contribuyeran al éxito de un periódico tabloide que, en enero de 1989, fuera apenas un edificio viejo y con goteras cuidado por un vigilante que vivía en el sitio, una rotativa echada a perder y un murciélago. De esa confluencia factorial es preciso destacar unos pocos.

La gente del periódico, por supuesto, fue el factor principal, la columna de La Columna. Una decena de periodistas jóvenes, recién egresados de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Zulia—donde recibieron conocimiento y guía ética de profesores que incluyeron al legendario Sergio Antillano—conformó el equipo inicial, que el éxito permitió complementar luego con unos pocos más: Jesús Urbina Serjant, Lilia Montero, Carlos Caridad, Marco Tulio Socorro, Patricia Rincón, Vinicio Díaz, Judith Martorelli y los fotógrafos Gustavo Bauer y Fernando Bracho, un grupo al que se unían Paola Badaraco, Mayra Chirino y María Angélica Dávila desde la corresponsalía que se abrió en Caracas y, en Maracaibo mismo,

Lucía Contreras, Sarita Chávez, Marlene Nava y Celalba Rivera. Con la excepción de unos muy pocos veteranos—como Francis Blackman, en deportes—La Columna de 1989-1990 fue la obra de jóvenes. Fueron ellos quienes hicieron el primer periódico venezolano compuesto íntegramente en computadores, desde la redacción, pasando por el diseño y la diagramación que comandaba el arquitecto Juan Bravo Sananes, hasta la impresión de planchas generadas mágicamente por máquinas RIB computarizadas y colocadas en la Color Press (que no imprimía color) que dirigía Mario Ojeda.

Ese equipo hizo cosas notables, como *tubear* (tener una noticia que otros no consiguieron) a nada menos que *The New York Times* y *The Washington Post*, que no alcanzaron a reportar, como sí lo hizo La Columna, la invasión estadounidense a Panamá para apresar a Manuel Antonio Noriega.

Además de esta plantilla especialísima para la redacción, composición gráfica e impresión del periódico, La Columna de la época tuvo la inmensa fortuna de contar con tres pivotes fundamentalísimos: Ana Osechas, la gran Secretaria Ejecutiva del periódico, don Juan Planas Alsina, el sabio Gerente de 73 años de edad, y Orlando Espina, el Gerente de la Distribuidora Onda, la empresa que se formó para distribuir el periódico, ideador de una estrategia de colocación que ayudó a alcanzar las cotas insólitas de 4% de devolución.

.....

Otros factores del éxito eran menos tangibles, pero fueron igualmente cruciales. Para el suscrito, a quien cupo el honor de dirigir el proyecto y el lanzamiento hasta abril de 1990, uno fue definitivo. Éste fue el concepto que La Columna postuló para entender al lector al que serviría; un mes antes de su salida quedó definido como un lector inteligente, que preferiría se le elevase a ser reducido a lo chabacano, y como ciudadano del mundo, no como marabino sojuzgado por un más bien mítico centralismo caraqueño. Esta concepción no fue nunca explicada a los lectores, pero penetró los cerebros y corazones de cuantos trabajaron en el periódico. Los lectores llegaron a entenderlo así y premiaron, con 49.000 ejemplares pagados diarios en febrero de 1990, al tabloide que arrancara con 18.000 seis meses antes.

En otro texto en este blog ([De héroes y de sabios](#)), he usado el caso de La Columna para justificar la siguiente conclusión:

Depende, por tanto, de la opinión que el líder tenga del grupo que aspira a conducir, el desempeño final de éste. Si el liderazgo venezolano continúa desconfiando del pueblo venezolano, si le desprecia, si le cree holgazán y elemental, no obtendrá otra cosa que respuestas pobres congruentes con esa despreciativa imagen. Si, por lo contrario, confía en él, si procura que tenga cada vez más oportunidades de ejercitar su inteligencia, si le reta con grandes cosas, grandes cosas serán posibles.

La Columna que reapareciera en 1989 ya no existe. Luego de peripecias que negaron su espíritu franco e innovador, que destrozaron su enriquecido ambiente de trabajo, cerró sus puertas definitivamente diez años después. Pero hace veinte años fue—todavía lo es—el mejor periódico que se haya hecho en Venezuela. Sus proezas de entonces esperan todavía por un trovador que las cante. **LEA**

Victor Suarez el 28/06/2010 a las 9:45 am

Querido Luis Enrique. Quizá, en los próximos 20, 30 ó 40 años, al increíble diario La Columna no le haga falta otro trovador, si tú mismo entonas sus (tus) proezas. Sin embargo, tu canto de hoy adolece de muchísimas estrofas. Una para el cura Antonio José López Castillo, para entonces obispo titular de Teuzi y Auxiliar de Maracaibo quien, quizá por inspiración divina sintió que era posible destronar el reinado mediático existente en el Zulia y logró que el poder de la iglesia maracucha se alineara con la idea. Otra para los financistas, que en ese tiempo lo financiaban todo en el país, el Grupo Latino, a través de su presidente Gustavo Gómez López. Una tercera para los innovadores nacionales en tecnología que en ese momento estaban interesados en demostrar a la industria editorial venezolana que era posible cambiar un panorama que se mantuvo estático durante cuatro siglos. La cuarta se la debes dedicar al diseñador gráfico Henry Figueroa, El Fuga, gran animador y buscador impenitente de los mejores caminos para el usuario de tecnología. La quinta me ha debido pertenecer. Haber contribuido en la implantación de casi todas las soluciones técnicas (desde el modelo redaccional, de diagramación y producción editorial hasta la transmisión de información a distancia desde la corresponsalía en Caracas) como profesional del periodismo inclinado a la tecnología me abrió senderos insospechados a partir de esa primera experiencia que contó con exclusivos talentos nacionales. Esperaré otros 10 años, mi querido Doctor Político.

.....

Luis Enrique Alcalá el 28/06/2010 a las 7:27 pm

Estimado Víctor: no es necesario que esperes una década para que tu reclamo se vea satisfecho. En efecto, no me cuesta nada reconocer que se debe a ti, antes de mi llegada al proyecto, la selección de los equipos computarizados que fueron referidos en mi más bien escueta nota la que, por su brevedad, incurrió en más de un silencio, incluyendo alusiones inexistentes al papel, más importante que el tuyo, que jugaron en todo el asunto personalidades como el jefe de Mons. López Castillo, el Arzobispo Titular de Maracaibo, Mons. Domingo Roa Pérez, el líder del canal de televisión de la Arquidiócesis, monseñorino Gustavo Ocando Yamarte, el ex gobernador Fernando Chumaceiro o el recordado Jorge Abudei, así como el trío de periodistas conformado por Janet Olier, Vinicio Díaz y Laurentzi Odriozola. La nota no pretendió ser, en ningún momento, exhaustiva. Traté, en cambio, de redactar una participación moderada y sintética de los hechos, y el recuerdo de muchas personas que participaron en el proyecto, unas como héroes y otras como villanos, se quedó en el tintero por fuerza de la concisión.

Has pretendido llenar uno que otro de esos silencios, pero lo has hecho con marcada inexactitud y ahora será preciso corregir lo que apuntas y escribir mucho más que lo que siempre planeé hacer, para que las cosas queden completamente claras. De paso, no he cantado mis proezas, como sugieres; la única referencia a mi persona en el artículo que comentas dice, simplemente: "Para el suscrito, a quien cupo el honor de dirigir el proyecto y el lanzamiento hasta abril de 1990...", y esto casi al final, luego de certificar elogiosamente los aportes de otras personas.

Respecto de mi autorreferencia, no hubo elogio alguno; sólo *a statement of fact*, que supongo no discutirás. Esto es bastante más escueto que lo siguiente que escribiste: “La quinta [estrofa] me ha debido pertenecer. Haber contribuido en la implantación de casi todas las soluciones técnicas (desde el modelo redaccional, de diagramación y producción editorial hasta la transmisión de información a distancia desde la corresponsalía en Caracas) como profesional del periodismo inclinado a la tecnología me abrió senderos insospechados a partir de esa primera experiencia que contó con exclusivos talentos nacionales. Esperaré otros 10 años, mi querido Doctor Político”.

.....

Se me ofreció el cargo de Editor Ejecutivo de La Columna, comenzando el 1º de enero de 1989, a raíz de un memorándum mío (luego de una visita a Maracaibo) que convenció a Gómez López y López Castillo, la pareja bancario-episcopal que tanto gravitó sobre el subsiguiente destino del periódico. Propositiones conceptuales previas, incluyendo una tuya y otra de Rodolfo Schmidt, no tuvieron la misma persuasividad estratégica. En ese memorándum, de diciembre de 1988, me atreví a pronosticar el Premio Nacional de Periodismo en no más de dos años, indicando que mi propensión al atrevimiento me inducía a imaginarlo en el primer año. Esta premonición resultó ser acertada. También destacué en ese documento como un valioso acierto estratégico la computarización decidida con tu consejo, por si no lo sabías.

Quizás sabes que el contacto inicial, por boca de Aníbal Romero (mano derecha política de Gustavo Gómez López), se produjo precisamente porque yo dominaba el mundo computacional, específicamente el de equipos Macintosh, que eran los seleccionados por ti como proveedor técnico. Más específicamente todavía, conocía el *software* de PageMaker, programa que sería empleado en la composición y diagramación, al haber tomado un curso dictado sobre el mismo por Manapro a mediados de 1988, aunque esto último era ignorado por Romero. Y más aún: el mundo de las redes informáticas me era muy familiar, puesto que a mi paso por la Secretaría Ejecutiva del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (1980-1982), se estableció desde allí la primera red de Internet en Venezuela, luego de que en viaje mío a Washington en 1981 se asegurara la cooperación técnica de la *National Science Foundation* de los Estados Unidos. Más tarde (1994), asesoraría al fruto de esa iniciativa: la Red Académica de Centros de Investigación y Universidades Nacionales (REACCIUN).

Esto, pues, por lo que respecta al reino de tu aporte, que fue ciertamente muy importante. Tampoco es que aprendiera yo mucho de él, y de no haber existido tu recomendación, o la selección de equipos que hiciste para el momento de mi incorporación, habría recomendado y seleccionado exactamente lo mismo.

.....

En cuanto a tus restantes cuatro representados, debo decir primeramente que no se entiende qué significa la expresión “los innovadores nacionales en tecnología”, que pareciera incluirte aunque no mencionas a ninguno de ellos. (Tu texto adolece de *falta* de estrofas). Los computadores Macintosh son estadounidenses, como lo era el programa PageMaker y también las máquinas RIB, que traducían los

archivos generados por Juan Bravo y su equipo a un negativo para las planchas de la rotativa. Si acaso, pues, hubo en Venezuela para la época un grupo de intermediarios, entre los que te contabas, que supieron aplicar las tecnologías desarrolladas por innovadores foráneos a proyectos locales. Tú mismo lo harías luego para la segunda etapa de El Globo, periódico del que fuiste Jefe de Información. Por lo que he referido en relación con los logros de CONICIT y mi relación posterior con Manapro, en todo caso, tendrías que incluirme entre “los innovadores nacionales en tecnología”.

Luego, debo decir que fui yo quien contrató a Henry Figueroa Brett, y que éste no se desempeñó como diseñador gráfico, sino como un editor “horizontal”, según mi diseño y definición, que apoyaba el proceso en sus aspectos informáticos. También se ocupó de adiestrar a los periodistas en el uso de los computadores. Sin duda, cumplió un papel útil. Dicho sea de paso, mientras ejercí como Editor Ejecutivo de La Columna, “la transmisión de información a distancia desde la corresponsalía en Caracas” se hacía por conversaciones telefónicas y la recepción por fax de las notas redactadas por Badaraco, Chirino y Dávila. No hubo en ese tiempo alguna tecnología más innovadora que eso.

Y ahora llego a la pareja López Castillo-Gómez López. En efecto, fueron un eje fundamental de toda esa etapa. El primero, el obispo, porque había recibido el encargo de resucitar a un periódico cerrado en junio de 1988; el segundo, el banquero, porque aseguró el flujo de capital de trabajo necesario para el arranque. Comencemos por este último.

Gustavo Gómez López no era entonces, como tu redacción indica, el Presidente del grupo del Banco Latino. Éste era todavía el Dr. Pedro R. Tinoco; Gómez López presidía el Banco Hipotecario de Occidente. Fueron recursos de este banco, es decir, de sus depositantes y no de Gómez López, los que financiaron el arranque de La Columna hasta abril de 1990, cuando el periódico alcanzó el punto de equilibrio y podía cubrir sus costos y gastos con la venta de publicidad (2.300 cms/col diarios en abril). El financiamiento aportado muy oportunamente por el BHO ocurría sin que mediara ninguna garantía por parte de la Arquidiócesis, según arreglos que manejaban en secreto el obispo y el banquero. A éste le pregunté directamente en enero de 1989 si él aspiraba a una participación en el capital del periódico. Gómez López me aseguró enfáticamente que no quería tener “ni una sola acción”. (El BHO también financiaba a NCTV, la televisora que dirigía Ocando Yamarte).

Monseñor López Castillo, por su parte, había establecido una relación harto especial con Gómez López, al punto de que lo había nombrado padrino de su propia consagración episcopal. Se refería a él justamente, como su “padrino”, y este concepto llegó a parecerse más al empleado por Mario Puzo. Es una gran exageración decir, como lo haces, que López Castillo había previsto que fuera posible “destronar el reinado mediático existente en el Zulia”. Para el momento cuando se me encarga el proyecto, los pronósticos más ambiciosos para La Columna no pasaban de una proyección de 8.000 ejemplares diarios de tiraje, y Panorama imprimía entonces unos 60.000 y Crítica entre 4.000 y 6.000. En el mejor de los casos, por tanto, se trataba de ocupar un honroso aunque distante segundo lugar, jamás “destronar” al dueño del patio. Mal ha podido López Castillo

lograr que “el poder de la iglesia maracucha se alineara con la idea”, según escribes, puesto que esa idea no existía.

Pero es que, además, cuando el éxito de La Columna superó todas las expectativas—ordené un tiraje de arranque de 20.000 ejemplares para el 8 de septiembre de 1989—al alcanzar un tiraje de 51.000 ejemplares en febrero de 1990 con una devolución de 2.000, para una circulación efectiva de 49.000 ejemplares pagados, Gómez López y López Castillo complotaron para frenar al periódico que había, en efecto, destronado a Panorama en la ciudad de Maracaibo. (De los 60.000 ejemplares de Panorama, sólo el 60%, o 36.000, se distribuía en la capital del Zulia; la diferencia iba, mayormente, al resto del estado, los estados andinos y Falcón; una pequeña cantidad de ejemplares llegaba a Caracas. En cambio, La Columna se había posicionado como el Diario Metropolitano de Maracaibo, y 90% de su tiraje se distribuía en esa ciudad; el 10% iba a la Costa Oriental del Lago. Esto significa que en abril de 1990 el periódico tenía una circulación de 44.000 ejemplares en Maracaibo; 8.000 más que los colocados por Panorama).

El crecimiento fue tan vertiginoso, que el 21 de diciembre de 1989 (dos meses y trece días después de la salida), en reunión nocturna de Orlando Espina—Gerente de Circulación que traía las cifras más recientes y él mismo no podía creerlas—, López Castillo, Héctor García Arcaya, Juan Planas (Gerente de La Columna) y quien escribe, se llegó a la conclusión de que la vieja rotativa Color Press no podría con la carga de la demanda y tendríamos que buscar una de mayor capacidad. Don Juan Planas no tardó mucho en identificar una óptima solución: estaba en venta una rotativa Roland a colores, mucho más moderna y veloz, que no había consumido más de 8% de su vida útil. Decidimos su compra sobre la marcha y para marzo de 1990 estaba en la sede del periódico para el comienzo de su instalación.

Absorber esta inversión suponía un aumento de capital (de 15 millones de bolívares), y se empezó a solicitar la participación de accionistas de Maracaibo con la condición de que la Arquidiócesis preservara su mayoría accionaria y el control. Supuse como cosa natural que el BHO, o Gómez López personalmente, tenían hasta cierto punto derecho de participar, a pesar de las seguridades de este último acerca de no querer “ni una sola acción”. El 17 de marzo del año pasado, explicaba lo que ocurrió cuando recordaba a periodistas de aquella época que en 2009 se cumplían veinte años de la salida:

Tanto Roa como López Castillo, habituados a que yo me ocupara de todo, dejaron en mis manos el levantamiento de la suma. En mi criterio, Gómez López merecía una participación, dado su decidido apoyo financiero a lo largo del recorrido, pero pensaba que ella debía ser menor que el capital que aportaran inversionistas zulianos. Dos obstáculos emergieron entonces: uno, los primeros convocados a la cena del señor, salvo el infaltable Jorge Abudei y una vaga promesa de Fernando Chumaceiro, no quisieron asistir y, como en el evangelio, hube de salir a los caminos a reclutar viajeros y otra gente polvorienta... Después surgió el segundo: el banquero Gómez López, que un año antes había jurado no querer ni una acción de La Columna, nos hizo saber que pretendía poseer—para empezar, se me dijo—sólo el 30% del capital! Expliqué a quien me informaba en Caracas que esa pretensión resultaría excesiva a los ojos de Roa, y recomendé que fuera reducida

a 5%. En este momento, López Castillo viajó a Caracas, de donde regresó diciéndome que no debía preocuparme pues su padrino—Gómez López, que había realmente apadrinado su consagración episcopal—le daría a él la representación de su 30%. Esto es, el obispo que debía jugar con la Arquidiócesis, jugaría ahora con el banquero.

Poco después salí del proyecto. Una serie de ataques contra el periódico, que había comenzado por la acusación de izquierdistas a algunos de los periodistas—por Ocando Yamarte, quien, irónicamente, años más tarde sería chavista y tendría un programa propio en Venezolana de Televisión—, llevó a un desenlace dramático en la Semana Santa de 1990. Antes de llegar a Maracaibo para encargarme del proyecto, ya había advertido a mi esposa que mi salida se produciría tarde o temprano, por lo que conocía del financista del periódico. El Sábado de Gloria supe por López Castillo que su padrino había pedido mi cabeza, y él mismo llegó a insinuar que mi vida corría peligro en Maracaibo. Entregué el cargo y permanecí en la ciudad hasta septiembre, para permitir que mi hijos concluyeran su año escolar. Nadie más me amenazó, ni directamente ni con sutileza episcopal.

En julio, la circulación de La Columna había sido bajada artificialmente a 30.000 ejemplares. Poco después, el Banco de Maracaibo, en el que Esteban Pineda Belloso—dueño de Panorama, recientemente fallecido—tenía una importante participación accionaria, abrió sus puertas a la inversión del Banco Latino y éste sentaba un representante suyo en la junta directiva del que fuera el primer banco fundado en Venezuela. La vocación de un periódico milagroso fue sacrificada a un interés financiero.

Tal vez comprendas ahora, estimado Víctor, por qué preferí no mencionar al banquero y el obispo en mi breve recordación. Ésta ha sido bastante más larga, pero te aseguro que mis memorias de la época son mucho más extensas todavía. Ni siquiera esta respuesta a tu comentario comienza a hacerle justicia a los protagonistas de La Columna en 1989 y 1990.

En cuanto a tu participación en la cosa, lamento no haberte mencionado. Esa falta ha sido subsanada en esta relación y, sobre todo, en tu propio comentario. Gracias por haberte interesado en escribirlo.

.....

Pasión y muerte en 1990

El “Editorial mollejudo” que ocupó—creo recordar—ocho páginas de La Columna, fue decidido antes de iniciarse la Semana Santa de 1990 (8 al 15 de abril). Por entonces era patente un concentrado aguacero de incidentes agresivos contra el periódico, sus posiciones y su personal; tenía todos los visos de un ataque coordinado—Oswaldo Álvarez Paz y Gustavo Ocando Yamarte, entre otros, metidos en el complot—, o al menos me convencí de eso y convencí asimismo a una reunión urgentemente convocada de redacción y gerencia, incluido en ella Mons. López Castillo. Argumenté a los presentes que tal asedio requería una respuesta

contundente, la que asumiría en un editorial de suficiente recuento que explicara a los lectores el proceso creativo, periodístico y gerencial de La Columna, y que defendiera al proyecto de injustos infundios y muy concretos entorpecimientos. Igualmente propuse—más bien decidí asumiendo plena responsabilidad—que para elevar la expectativa y atención del público lector el periódico dejara de circular el día precedente a su publicación, lo que sería justificado veinticuatro horas antes como necesario a labores cruciales de planificación. Nadie rechistó, ni siquiera el obispo, en inequívoco respaldo al plan.

Al día siguiente, emprendí la escritura y recibí en mi casa al grupo íntimo de colaboradores—venido en plan de fiesta al no tener que trabajar—, al que despedí ante el peligro de encochinamiento de mi redacción. Veinticuatro horas después entregué el editorial a Juan Bravo, quien procedió a montarlo para la edición del día siguiente.

Decidí también ir con mi esposa y mis hijos a pasar el resto del asueto al apartamento de mis suegros en Camurí Grande, no sin encargar a Henry Figueroa Brett que me informara telefónicamente de cualquier anormalidad. Nunca lo hizo.

Una desazón intuitiva me hizo regresar al caer el Viernes Santo, y fue entonces cuando supe que el Banco Latino había encargado a Jesús Sánchez Meleán de tomar el control del periódico. En la mañana del Sábado Santo, recibí a López Castillo en la oficina. Muy azorado, me refirió que Gustavo Gómez López—su “padrino”—había viajado intempestivamente a Maracaibo a pedir mi cabeza y girar instrucciones, pero no me explicó por qué el debía hacerle caso al declarar que tenía que acatar la voluntad del banquero. Minutos después añadió: “Incluso, Luis Enrique, tengo información de que tu vida corre peligro si permaneces en la ciudad”. A esto riposté con una pregunta: “¿Cree Ud., Monseñor, que no puedo extender mi permanencia en la ciudad hasta que mis hijos terminen el año escolar?” Con demasiada rapidez me “tranquilizó” a ese específico respecto.

A mi vez, accedí a la torcedura de brazo y él añadió, evidenciando los detalles cuidados por él y el banquero: “Mientras estés en Maracaibo continuará pagándose tu actual remuneración”. Era totalmente obvio que se le había encomendado negociar conmigo mi salida.

También procuré atenuar la muy directa intervención del financista a través de la presencia de Sánchez Meleán; fui yo quien propuso que me sucediera en el cargo Héctor García Arcaya. Eso tenía doble fundamentación: primera, Héctor había trabado una cordial amistad conmigo; segunda, como indica su segundo apellido, era primo de un amigo mío bastante más estrecho, Ignacio Andrade Arcaya, miembro del Grupo Latino y socio de Pedro R. Tinoco en el escritorio de abogados de éste; creí que Ignacio, a quien llamé, tendría más influencia sobre Gómez López que Aníbal Romero. En mi contestación—hace diez años—a comentario de Víctor Suárez a [La erección de una columna nueva](#), puse;

...el banquero Gómez López, que un año antes había jurado no querer ni una acción de La Columna, nos hizo saber que pretendía poseer—para empezar, se me dijo—sólo el 30% del capital! Expliqué a quien me informaba en Caracas que esa pretensión resultaría excesiva a los ojos de Roa, y recomendé que fuera reducida a 5%. En este momento, López Castillo viajó a Caracas, de donde regresó

diciéndome que no debía preocuparme pues su padrino—Gómez López, que había realmente apadrinado su consagración episcopal—le daría a él la representación de su 30%. Esto es, el obispo que debía jugar con la Arquidiócesis, jugaría ahora con el banquero.

Fue Ignacio a quien sugerí una participación de no más de 5% del capital para el Banco Hipotecario de Occidente, subsidiario del Latino, y él quien me llamara después para informarme que Gómez López quería empezar con 30%.

Después constataría la acusada inadecuación de García Arcaya para sucederme, y que le resultaba imposible decir otra cosa que “horospoco”. Fue él quien me ofreció después una explicación de la furia de Gómez López; en el editorial mollejudado había asentado que Gómez López, financió “generosamente”—los reales no eran de él sino de los depositantes del banco que presidía—al periódico sin que mediara “ninguna garantía”, y eso no podía decirse de un banquero. García Arcaya me aseguró que esa descuidada frase retrasó por un año la asunción de Gómez López a la presidencia del Banco Latino, que heredaría de Tinoco.

Después del sábado de la guillotina, escribí un último editorial que se publicó, creo, el 23 de abril. En él cité palabras que acababa de pronunciar Fernando Chumaceiro en fecha patria—el día 19—y solicité de la tropa cooperación con García Arcaya.

Al año siguiente, visité la ciudad de nuevo para un compromiso con CORPOZULIA y el Fuga me invitó a casa de Hugo, su hermano, a comer tomates asados muy sabrosos acompañados de güisqui. Hugo me atacó sorpresivamente, defendiendo a Henry de cualquier reclamo mío por su cobarde silencio en la Semana Santa de 1990, mientras me acusaba de irresponsabilidad.

.....

Incidencias premonitorias

-Conocí a Gustavo Ocando Yamarte en su oficina-dormitorio de NCTV, para atender una específica invitación poco antes del relanzamiento de La Columna. En esa ocasión, me presentó unas hojas que caracterizaban a la mayoría de los periodistas ya escogidos como gente marxista enteramente inconveniente. Ese día fuimos atendidos con refrescos que nos trajo un mancebo uniformado, alumno del colegio de Niños Cantores del Zulia. No le hice el menor caso.

-La Columna registró la presentación de la candidatura de Álvarez Paz en “acto millonario”, según la redacción de Jesús Urbina. La gente de ARS Maracaibo llamó a objetar la calificación argumentando que el candidato no había sufragado los gastos del evento, a lo que opuse una lección aprendida de Hans Neumann, mi antiguo empleador, al poco tiempo de mi contratación: *que una cosa es el costo de algo y otra distinta cómo se lo financia*. En la nota de Jesús no había la menor insinuación de que el futuro gobernador había pagado él mismo lo que costara la reunión. (A Jesús Urbina le reconvine, en cambio, porque redactó una nota que incluía una opinión personal crítica de Omar Barboza, entonces en competencia con Álvarez Paz y Luis Hómez por la Gobernación del Zulia. Le dije que debía informar objetivamente sin opinar, y le puse a la orden la página de articulistas en caso de que quisiera ventilar alguna postura o preferencia propia. De alguna

manera, Barboza se enteró del incidente y fue a mi casa a visitarme para expresar su agradecimiento).

-José Finol ingresó a la plantilla de periodistas de La Columna llevado por López Castillo, lo que admití porque todas las restantes posiciones fueron decididas por mí y parecía natural que el líder arquidiocesano tuviera dentro a alguien del oficio que fuera de su confianza. Cuando sólo estábamos en el edificio Ana Osechas, Juan Planas, Orlando Espina, Mario Ojeda y José Alí el vigilante, comenzó a asistir. Un día, regresé de la sala de rotativa a mi escritorio para sorprenderlo en la lectura de un informe, que yo había solicitado a una compañía de seguros, mientras transmitía su contenido a alguien por mi teléfono. Lo hice salir inmediatamente de la oficina luego de arrancarle los papeles, y en cuanto vi a López Castillo le comuniqué que ese espionaje era intolerable y que había decidido despedirlo. El rostro del cura fue de gran incomodidad y angustia, pero no objetó mi decisión. Dos o tres días después, le hice saber que perdonaría el incidente y reengancharía a Finol. Reconozco la culpabilidad de tan grande error.
